

CONVERSACIONES CON MIGUEL*

Cecilia Fierro**

Compartir esta mesa de presentación del libro *Vivir la educación, transformar la práctica*, escrito por un muy querido colega que es, maestro y amigo, añade a la ya de por sí interesante y retadora lectura de su texto también otro conjunto de referencias que hacen inevitable que la palabra escrita se convierta en una especie de prolongación de reflexiones compartidas en espacios de trabajo con profesores, académicos o investigadores, donde las preguntas suelen ser muchas y los tiempos, cortos.

Estas "conversaciones con Miguel", como también podríamos llamar a su libro, se distinguen por no surgir de la inmediatez ni estar imbuidas por los avatares cotidianos. Tenemos aquí una exposición sistemática, completa, de uno de los asuntos que ocupan la atención y el tiempo de su autor: la práctica educativa y su transformación.

Este libro, a diferencia de muchos que circulan en nuestro medio, no tiene la lógica de lanzar una idea o una intuición novedosa para ver cómo rebota y esperar atentos a averiguar su destino. Tampoco no es una piedra lanzada al agua. Todo lo contrario. Es el relato completo de un proceso de búsqueda que comenzó con una pregunta, la cual, tal como lo narra Miguel en la introducción, "rondó y rodó de grupo en grupo, de colega en colega, de foro en foro, mucho tiempo, tanto que sin saber cómo, se modificó y transformó". Esa pregunta inicial y sus sucesivas reformulaciones fueron dando lugar a un largo y fructífero diálogo con la teoría, el cual a su vez permitió ir delineando una propuesta para investigar la práctica,

sistematizarla y transformarla. Dicha propuesta ha pasado por el crisol de varias generaciones de estudiantes de posgrado en distintas instituciones de educación superior interesadas en asumir esta manera de conducir la formación de profesionales críticos. La puesta en blanco y negro de estas ideas tiene por ello el sabor de una reflexión madura: conceptos precisos, muy trabajados, cuyos matices se perfilan con claridad. Como reflexión serena que es, no tiene pretensiones revolucionarias; es casi reiterativo en señalar que no se trata de un método, una receta o un camino predefinido; comparte, con un tono en el que sobresale la sencillez, los propios descubrimientos, con el afán de provocar. Por ello al mismo tiempo es exigente con sus lectores: pide una conversación de regreso, un *discipulazgo* irreverente que los obligue a replantear incluso las preguntas propias, como le ocurrió a él al inicio de esta historia, cuando apenas perfilaba la intención de su mirada: "¿descubrir o construir?" fue su pregunta inicial, y gracias al aporte del interlocutor dio un paso adelante, optando por construir y no sólo descubrir.

En este sentido, el libro es en sí mismo una experiencia —ejemplo o señal— de lo que plantea. En ello estriba su consistencia y su fuerza. Al mismo tiempo define sus límites: se trata de una "generación" de preguntas relacionadas entre sí, que tuvieron la oportunidad de haber completado un ciclo de vida, dejando para nuevos ejercicios las que a éstas sucedan.

Tenemos en el libro la oportunidad de seguir con mucho detalle el diálogo que ha venido

* Texto presentado en la II Jornadas de Conferencias Magisteriales del ISEPEG en Guanajuato, Gto.

** Responsable del Programa Institucional de Investigaciones en Educación, Universidad Iberoamericana (UIA), León. Maestra en Investigación y Desarrollo de la Educación por la UIA-Sta Fe.



sosteniendo con varios autores a propósito de los conceptos centrales que enmarcan su texto: acción educativa, interacción, intersubjetividad, significación, práctica y práctica educativa. Los primeros seis capítulos exponen de manera concisa los conceptos a los que arriba su autor, estableciendo las coordenadas teóricas de la propuesta de intervención que se expondrá en los capítulos, posteriores. El cuidado con que se elaboraron las notas al pie ofrece al lector la posibilidad de reconstruir la discusión y sus fuentes, que le permitieron ir delineando paso a paso estos conceptos. Pero también —y en ello radica uno de los rasgos que hacen de este libro un ejercicio de diálogo en sí mismo— nos permite tomar cualquier otra ruta. En cualquier momento de la senda que siguió Miguel para resolver sus preguntas podemos enlazar las nuestras; no tenemos que empezar necesaria-

mente por el principio. Algún lector que comience leyendo alguno de los tres últimos capítulos sobre intervenir la práctica, la dirección educativa y la formación de docentes, respectivamente, seguro se enlazará con los conceptos centrales, que lo llevarán a revisar los capítulos teóricos. Quien se acerque a partir de la propuesta de trabajo quizá sienta la necesidad de moverse en otra dirección para comprender mejor el porqué de esta manera de investigar la práctica.

Tres grandes figuras contribuyeron a perfilar este modo peculiar de responderse una pregunta que la práctica fue suscitando. De acuerdo con lo planteado en la introducción, Lonergan permite establecer la pregunta por el sujeto como un punto de partida; Freire aporta la convicción de que “educar no es neutral a la vida social: se educa siempre en una clave social, histórica, para algo [...] educar para liberar”. Ignacio de Loyola:

Para educar es imperativo dejar al sujeto, a la persona, que construya el significado de las propuestas a partir de su propia reflexión histórica y biográfica, ante el mundo [...] a fuerza de seguir la senda de pronunciar la propia palabra, desde lo hondo, sin cortapisas ante sí mismo.

Además, a pesar de que en ninguna parte del texto se hace referencia a ello, el desarrollo del libro va sugiriendo la presencia de una cuarta figura: el diálogo al modo socrático. Este inspirador, que queda anónimo en términos de referencias explícitas, de ninguna manera lo está en el procedimiento. El diálogo "como el único camino por el que podemos llegar a entendernos con otros", comenzando por un ejercicio consigo mismo a través de la recuperación de la práctica, hace maestro de la mayéutica.

La premisa fundamental que el libro plantea a la escuela y a los docentes es: "educar entonces no es igual a escuela, porque la escuela puede fallar en el fin de convertir, de formar personas humanas" (p.14). De la misma forma, la práctica docente, en consecuencia, puede fallar en su intento de ser práctica educativa, humanizadora.

El camino propuesto para identificar y sistematizar la práctica no admite sucedáneos. La lógica de la ruta propuesta es implacable: nos pone en contacto con lo que hacemos de un modo que permite mirar lo que producimos "mientras pensábamos, intentábamos o sospechábamos" que a nuestra inercia le correspondía otra que aseguraba aprendizajes en nuestros alumnos. Consecuencia: urge el cambio, "transformar es un imperativo [...] transformar porque la escolaridad no educa" (p.14). En ello radica, a mi juicio, su principal aportación: una pregunta de fondo, y pistas para buscar las respuestas.

Como le ocurre a toda generación de preguntas en línea vertical, a ésta le vienen bien las surgidas de manera transversal, para posibilitar nuevas aproximaciones y parentescos. La cuestión de la institución, los problemas de la cultura escolar y gremial y sus relaciones con la constitución del sujeto son asuntos que pueden enlazarse con las preguntas del libro, y con ello dar lugar a nuevas líneas de búsqueda apoyadas con los aportes que aquí tenemos.

Para terminar. ¿Por qué no tiene el libro un último apartado de reflexiones finales o algo que se parezca a una exposición de conclusiones? Podríamos pensar —sin necesidad de ser demasiado fantasiosos— que el editor estuvo persiguiendo a Miguel con la entrega, tanto, que "olvidó" o desechó la idea de hacer un último capítulo con sus reflexiones finales. Estoy segura de que esto no fue así. El libro cierra a la manera como Miguel procede en sus ejercicios de docencia inspirados por el modelo de la mayéutica: provoca, sugiere, escucha, reelabora, devuelve, invita... pero dejando siempre abierta la posibilidad de que cada uno haga su propio cierre; que lo haga en otro momento o incluso que no lo haga en absoluto. No intenta conducir a un lugar particular a sus dialogantes; los invita simple y amablemente a reflexionar sobre el lugar donde están y sus razones de haberlo elegido así, incluyendo la posibilidad de que decidan cambiar de sitio. Por ello afirmo que el libro no cierra, no concluye a propósito. Como esfuerzo de apresar en el papel esta generación de preguntas, necesariamente tiene un punto al final. Pero se lo podemos quitar porque en realidad es un punto y seguido. Y, los párrafos siguientes son ya directamente de la autoría de los "dialogantes" que tenemos la hermosa oportunidad de compartir el pensamiento erudito claro de Miguel, seguir un camino sugerente que a él y a otros colegas les permitió recuperar, sistematizar y transformar su práctica.

La figura que me sugiere el libro en este sentido es la del caminante que a la orilla del mar encuentra unas huellas que no son las suyas pero decide enlazar su andar a aquéllas. Descubre en cada paso que cada vez que con su pie marca la huella siguiente ésta se modifica, quedando impreso ya no el paso de quien avanzó primero sino su propio pie. Cada pisada imprime una nueva huella: la de quien está haciendo su propio camino.

Luego de concluidas estas notas, me doy cuenta de que la introducción se titula justamente "Un camino al andar". En este caso se trata de un camino que sugiere caminos. Mientras esto ocurre y se van dibujando mil nuevas rutas, le damos tiempo al buen amigo Miguel de escribir una segunda generación de preguntas.